

Gran inquietud reinaba en las Tullerías, sobre todo en las esferas oficiales. ¿Cómo consideraba Napoleón III la situación? ¿Haría responsables á todos los italianos del crimen de algunos de ellos? ¿Abriría los ojos con motivo del foco revolucionario que existía en el Piamonte, sobre los manejos de los refugiados políticos que no cesaban de agitarse allí y sobre los artículos como los del periódico de Mazzini, la *Italia e Popolo*, que preconizaban el asesinato? Las aspiraciones nacionales italianas tenían adversarios declarados entre las personas que rodeaban al emperador y aun entre sus consejeros. ¿No procurarían explotar el atentado de Orsini contra la política del conde de Cavour? Todo el plan de este ministro se basaba en el auxilio armado de Francia. Fuera de esto, no veía probabilidad alguna de sustraer á Milán y á Venecia del dominio de Austria. Si Napoleón III cambiaba de táctica, si conforme á las miras de muchos de sus ministros, adoptaba la alianza austriaca, todo el andamiaje tan laboriosamente levantado por Cavour venía á tierra. El momento era crítico.

Ocurriósele entonces á Víctor Manuel enviar á París á su primer ayudante de campo, el general Della Rocca, para felicitar al emperador por haberse librado de los golpes de los asesinos y para ver de hacerle perseverar en sus simpatías italianas.

Al pronto la tarea no parecía fácil. Los adversarios del Piamonte censuraban acerbamente su conducta. Monseñor Sacconi, nuncio del Papa en Francia, exclamaba: «Ese es el fruto de la agitación fomentada por Cavour.» El barón de Hubner, embajador de Austria, decía que había llegado el momento de formar entre la corte de las Tullerías y la de Viena los vínculos de una alianza íntima. Suponíase que el Piamonte era un arsenal, un laboratorio de complots, y se hacía observar que cinco días antes del atentado, Mazzini había publicado en Génova un manifiesto lleno de odio, de cólera y de predicciones siniestras. Añadíase que al día siguiente del crimen un periódico piamontés, *La Ragione*, había tenido la audacia de disculparlo. Se abultaban estos incidentes y circulaba el rumor de que los días del ministerio Cavour estaban contados.

El enviado del rey Víctor Manuel tendría, pues, que luchar con grandes prevenciones, y este militar distinguido debía desempeñar la misión de un diplomático. El general Della Rocca, que ha muerto en 1897, á los noventa años de

edad, último sobreviviente de los generales del ejército italiano, había nacido en 1807. En dos ocasiones se le había hecho ya la mejor acogida en las Tullerías, y á fines de 1855 había acompañado á París al rey Víctor Manuel, tan agasajado entonces por el emperador.

En su obra *Ricordi storici e aneddotici del generalo Della Rocca*, el general ha dado curiosos detalles sobre esta permanencia del rey en París. Víctor Manuel estaba viudo hacía dos años. Napoleón III quería que se casara con una princesa de la casa de Hohenzollern, hija del príncipe Antonio de Hohenzollern-Sigmaringen, que acababa de vender su diminuto principado de Sigmaringen al rey de Prusia, jefe de su casa. Aquella princesa era parienta del emperador, pues tenía por madre una hija de la gran duquesa Estefanía de Baden, de la familia Beauharnáis. En un notable estudio sobre la obra del general Della Rocca, el conde José Grabinski hace observar que Napoleón III estaba entonces muy lejos de sospechar que un hijo del príncipe Antonio de Hohenzollern daría motivo, andando el tiempo, á la guerra franco-prusiana y sería causa del derrumbamiento del segundo Imperio.

El general Della Rocca hizo otro viaje á París en 1856. Tratado con toda clase de consideraciones en las Tullerías, asistió al bautismo del príncipe imperial.

Cuando se presentó de nuevo en las Tullerías el 24 de enero de 1858, portador de una carta autógrafa del rey para el emperador, estaba conmovido é inquieto. Acababa de saber que Napoleón III había dicho: «El Piamonte es un refugio de revolucionarios y de asesinos. Orsini ha sido detenido allí muchas veces, y Mazzini va de continuo á ese país sin que la policía le moleste en lo más mínimo.» Acompañado del marqués de Villamarina, ministro de Cerdeña en París, y del conde Carlos de Robilant, capitán de artillería y oficial de órdenes de S. M. sarda (el mismo que ha sido ministro de Negocios extranjeros de 1885 á 1887), se presentó en las Tullerías y entregó sin comentarios la carta de Víctor Manuel.

El 26 de enero se celebraba en Turín un baile en palacio. Al otro día, el príncipe de la Tour d' Auvergne, ministro de Francia, escribía al conde Walewski una carta particular en la que le decía: «He podido ver de nuevo ayer, en el baile de palacio, al conde de Cavour y repetirle cuán útil me parecía que, en lo que respecta á la prensa, ó por lo menos á la *Italia e Popolo*, tomase alguna medida seria. Le he recordado la constante benevolencia del emperador para con el Piamonte y las obligaciones que esta benevolencia impone en las circunstancias actuales al gobierno de S. M. Víctor Manuel. Le he hecho observar que cuando en Suiza, Bélgica é Inglaterra se mostraban dispuestos á hacer algo, sería verdaderamente inexplicable que nuestras gestiones amistosas encontrasen en París una acogida menos favorable; en fin, que so pretexto de legalidad se vacilara en suprimir el periódico oficial del asesinato, la *Italia e Popolo*, en perseguir á la *Unione* y el *Diritto*, que en cierto modo han glorificado el atentado del 14. Como en nuestra conversación anterior, el conde de Cavour ha vuelto



á escudarse con la necesidad de una ley y con la dificultad de su posición personal.»

El príncipe de la Tour d' Auvergne añadía en la misma carta estas frases verdaderamente curiosas: «En el caso de que se quisiera insistir para conseguir del conde de Cavour una prueba más manifiesta de su buena voluntad, me parecería indispensable que V. E. se explicara claramente con el marqués de Villamarina. La táctica de los defensores de la conservación del actual estado de cosas consiste hoy en hacerme pasar *por un agente que va más allá de los deseos y de la voluntad de su gobierno*. Se recurre á mil manejos de esta clase que, en mi concepto, prueban evidentemente que se hallan ya apurados, y á los cuales no doy por mi parte ninguna importancia.»

Poco después se pudo observar que Napoleón III no pensaba en modo alguno en renunciar á sus simpatías italianas. El 3 de febrero, con motivo de haber llegado algunos príncipes extranjeros para complimentarle, vistió algunos cuerpos de su guardia y del ejército de París en el patio de las Tullerías y en la plaza del Carrousel. Iban á su lado tres príncipes de Prusia, Federico Carlos, Adalberto y Alberto, el príncipe Francisco de Liechtenstein, el de Hesse y el de Paskiewitch, y le acompañaban cinco mariscales de Francia, Vaillant, Magnán, Pelissier, Canrobert y Bosquet, y el general Della Rocca. Le seguía un brillante Estado mayor, entre el cual figuraban muchos oficiales extranjeros. El príncipe Napoleón, á caballo al lado del emperador, ostentaba la gran cruz del Águila Negra de Prusia. La emperatriz y el príncipe imperial asistían á esta revista, la primera que se celebraba después del atentado. «El emperador, dice el general Della Rocca, cabalgaba á la cabeza de su Estado mayor. En cierto momento, habiéndose vuelto hacia el sitio en que estaban los embajadores extraordinarios, me vió y me hizo seña de que pasara á colocarme á su lado, donde me tuvo casi todo el tiempo, llamando mi atención ora á un regimiento, ora á otro, en términos que los espectadores habrían podido suponer que la revista se daba en honor del representante de Víctor Manuel.»

Así pues, en el momento en que parecían más tirantes las relaciones entre París y Turín, y en que más de un diplomático se figuraba que Napoleón III, enojado por los procederes revolucionarios del Piamonte, se inclinaría al lado del Austria, el taciturno y misterioso monarca acariciaba más que nunca su ensueño de unirse con Víctor Manuel en contra de aquella potencia. A la misma hora en que la política del gobierno sardo excitaba los mayores recelos en las esferas oficiales, el emperador, pareciendo juzgar con severidad al gabinete de Turín, se mostraba sumamente fino y atento con el primer ayudante de campo del rey y aprobaba en secreto las tendencias del conde de Cavour.

Dejemos ahora la palabra al general Della Rocca. «A principios de febrero, dice, me enviaron de las Tullerías una invitación para comer, dirigida á mí y al conde Robilant, y al propio tiempo una carta del ministro de la Casa del emperador anunciándome que en la misma noche me recibiría S. M. en audiencia

particular. Una hora después de la comida oficial, durante la cual el emperador llevaba la gran cruz de la Anunziata, y en la que el marqués de Villamarina y yo ocupábamos los sitios de honor, el emperador me invitó á pasar á su despacho.»

En su conversación á solas con el general, Napoleón III empezó por decirle que la carta del rey le parecía afectuosa, y que se proponía contestarla extensamente. Habló en seguida del periódico la *Ragione*, que, procesado como culpable de apología del asesinato político, acababa de ser absuelto, y añadió que el código piamontés era insuficiente para evitar los excesos de la prensa. Dijo luego que el Piamonte no podía esperar gran cosa de Inglaterra, mientras que todos sus intereses le aconsejaban su estrecha unión con Francia. Afirmó además que estaba seguro de tener su ejército en sus manos, y que este ejército estaba dispuesto á ir con el mayor celo á todos los países que se indicaran como refugio de asesinos.

«Durante esta primera audiencia privada del 5 de febrero, agrega el general Della Rocca, el emperador se ha mostrado tan cortés conmigo como severo con mi gobierno. Al despedirme, me invitó á ir á verle á las Tullerías siempre que lo deseara, de nueve á diez de la mañana.»

Cuando el rey Víctor Manuel supo, por carta del general Della Rocca, los detalles de la audiencia privada del 5 de febrero, se alarmó al pronto, pero no tardó en tranquilizarse. El emperador tenía por confidentes íntimos á hombres adictos á la causa italiana, en especial M. Mocquart y el doctor Conneau, mucho más enterados de sus proyectos que sus ministros. Un ardiente patriota milanés, el conde Arese, era quizás su mejor amigo. A pesar de esto, la emoción producida por el temor del descontento del emperador era tal, que el mismo conde Arese no se atrevía á ir á París, suponiendo que Napoleón III estaría enojado con el Piamonte. El doctor Conneau le escribió el 29 de enero: «He dicho á la emperatriz que me hacías el encargo de ofrecerle tus respetos. Al pronto se ha figurado que habías llegado á París y se ha puesto muy contenta; pero cuando ha sabido el motivo que te impedía venir, ha dicho: «Hay italianos de italianos. Por fortuna los malos son pocos. Yo aprecio mucho al buen Arese. Decidle que confío en que vendrá á pasar aquí unos cuantos días la primavera próxima. No podré presentarle una nidada de hijos; pero le enseñaré un ejemplar que no le desagradará.» Transcribo al pie de la letra sus palabras para no desvirtuar su alcance.»

Los italianos honrados y patriotas hacían todos los esfuerzos posibles por rechazar toda solidaridad con un puñado de asesinos que excitaban una reprobación casi general.

En una nueva audiencia el general Della Rocca encontró al emperador en disposiciones muy amistosas respecto al gobierno piamontés. «Yo debía dar lectura al emperador, ha dicho el general, y por decirlo así *de motu proprio*, de una carta que me había dirigido el rey, pero fingiendo titubear y casi resistirme á comunicarle aquel documento. Debía simular que obraba bajo mi propia



responsabilidad y traspasar mis instrucciones.» La ficción tuvo buen resultado.

Al final de su carta, Víctor Manuel se expresaba de este modo: «En virtud de lo que acabo de deciros, querido La Rocca, el emperador debe persuadirse de mis buenas intenciones y ver que se han tomado medidas antes que él las hubiera solicitado. Si quisiera que apelase aquí á la violencia, sepa que perdería toda mi fuerza... Si las palabras que me transmitís son las textuales del emperador, decidle en los términos que más convenientes os parezcan, que no se trata así á un aliado fiel, que jamás he tolerado violencias de nadie, que sigo la vía del honor siempre sin mancha, y que de este honor sólo respondo ante Dios y ante mi pueblo; que hace ochocientos cincuenta años que llevamos la cabeza muy levantada y que nadie me la hará bajar, y aparte de esto, que no deseo otra cosa sino ser su amigo.»

Después de la lectura de esta última frase, Napoleón III exclamó: «Eso es lo que se llama tener valor. Vuestro rey es un valiente; me gusta su respuesta. En esta ocasión se da á conocer tal como me lo había figurado en 1855. Me alegro de ver una vez más que Víctor Manuel es alguien... Estoy seguro de que nos entenderemos. Escríble inmediatamente; tranquilízadle acerca de mis intenciones; expresadle mi sentimiento por haberle disgustado. Amo á Italia y jamás me aliaré con Austria contra ella. Mis precedentes deben tranquilizaros. Y si en 1849 hubiera ocupado el puesto que hoy ocupo, habría acudido sin duda en auxilio de Carlos Alberto.»

El príncipe de La Tour d' Auvergne escribía al conde Walewski: «Turín, 16 de febrero de 1858. He tenido el honor de ver al rey ayer mañana. S. M. me ha dicho que acababa de recibir una carta muy satisfactoria del general Della Rocca, y que las seguridades de amistad y benevolencia que el emperador había encargado al general le transmitiera disipaban por completo la mala impresión que le causó el primer informe de éste.»

El general Della Rocca había salido plenamente airoso en su misión. Merecía los elogios de su soberano, que le dijo en una afectuosa carta: «Os abrazo y doy las gracias de todo corazón. Me habéis prestado un gran servicio y tratado el asunto á las mil maravillas, mejor que un diplomático.»

El 20 de febrero, el general fué recibido por última vez en audiencia privada por el emperador, que le dió á entender claramente, y aun le autorizó para decírselo al rey de un modo confidencial, que en caso de guerra entre el Piamonte y el Austria, acudiría á combatir con su poderoso ejército al lado de su fiel aliado Víctor Manuel. «Decid también á M. de Cavour, añadió Napoleón III, que se ponga en correspondencia directa conmigo y que seguramente nos entenderemos.»

El general termina así el relato de esta última audiencia: «Yo había sido, pues, diplomático distinguido sin saberlo, de lo cual me alegro, más que por mí mismo, por los resultados obtenidos. El respeto á la verdad me obliga á decir que la buena estrella que me ha guiado en estas circunstancias graves de mi

vida ha hecho que, precisamente durante mi estancia en París y en los momentos en que Napoleón III se mostraba más benévolo para con nosotros, recibiera por conducto de M. Pietri, prefecto de policía, una carta que Orsini le había escrito desde su encierro, en la cual el conspirador repetía al emperador lo que yo me había visto obligado á decirle, esto es, que los italianos habían tomado



La Tour d' Auvergne

la firme resolución de no soportar más la dominación austriaca. Esta carta debió hacer gran mella en el ánimo del emperador, y retrotraerle á los años de su juventud, cuando él también había conspirado con su hermano por la independencia de Italia. Reflexionó detenidamente y comprendió que podía sacar ventaja para Francia y para la dinastía en su alianza con el Piamonte, y sin vacilar, se decidió á obrar en nuestro favor.»

Quedaba resuelta la guerra de Italia.